



FUNDAMENTOS TEÓRICO - POLÍTICOS

Una apuesta por revitalizar el debate público acerca de la política científica y académica en nuestra región.

Córdoba, 2019.

¿Qué maneras críticas y reflexivas de vivir y experimentar el trabajo intelectual, como docentes e investigadores/as, podemos construir en los tiempos que vivimos? ¿Cómo (re) crear un conjunto de formas insubordinadas de pensamiento acordes a las actuales circunstancias? ¿Qué apuestas institucionales pueden dar cuenta de estas inquietudes y servir como espacios de restitución de un proyecto de construcción de conocimiento en clave emancipatoria? En línea con tales interrogantes, presentamos a continuación algunos de los fundamentos políticos y conceptuales que estructuran el Instituto Oscar Varsavsky, espacio de formación e investigación de la Asociación de Docentes e Investigadores de la Universidad Nacional de Córdoba.

El trabajo en la universidad

Partimos de un supuesto central: el intelectual siempre ha sido un trabajador, sólo cabe preguntarnos por la singularidad de su trabajo o del producto de su trabajo (Rodriguez Freire, 2018). No hay creación intelectual que pueda sustraerse a la lógica por la que circula, no hay un autor más comercial que otro porque no hay afuera del capital: estamos completamente inmersos en un modo de producción que abastecemos aun cuando lo criticamos ajustándonos a su aparato de circulación.

Sin embargo, es destacable la persistente tendencia de los intelectuales a no verse como trabajadores y trabajadoras, sino a asumir las actividades de forma empresarial y su nombre como una marca a promocionar en el mercado. Es así que el tiempo de trabajo de docentes-investigadores es un tiempo empleado en la propia reproducción, lo que provoca una enorme dificultad para los sindicatos docentes y la constitución de un demos universitario. En efecto: esta suerte de espíritu neotaylorista, alimentado por una serie de dispositivos evaluativos y de difusión de la labor intelectual¹, moldea las subjetividades –la construcción de sí- de buena parte de los trabajadores vinculados a la educación superior. Esto se pone de manifiesto en los intensos procesos de producción subjetiva asociados a la lógica del capital humano que, a modo de cultura corporativa, invita a ignorar las limitaciones de tiempo y de lugar, a la disolución de los límites entre el trabajo y la vida que es, al modo bourdiano, tanto más reconocida y estructurante cuanto más desconocida por sus protagonistas: "Si ya estamos acosados por una metrología que no tiene nada que envidiarle a Taylor, menos obvia tal vez es nuestra propia internalización de los valores de una cultura de auditoría" (Rodriguez Freire, 2018: 21).

En esta línea, entendemos que resulta central, con Benjamin, plantear al escritor-productor intelectual la exigencia de reflexionar sobre su posición dentro del proceso de producción, a fin de comenzar a construir las condiciones para una apuesta por lo común como forma de tensionar el sistema productivo. Esto constituiría, en rigor, lo contrario a la actitud dominante hoy entre los intelectuales, más deseosos de la obtención de reconocimiento por sus textos que de impulsar en alguna medida un proceso de transformación del ámbito de la producción de conocimiento y su vinculación con las demás formas de producción capitalista y su dimensión transnacional.

La proletarización del intelectual casi nunca tiene por resultado un nuevo proletariado: éstos han adoptado con excesiva facilidad el modelo de sociedad forjado por la forma dinero y el fetiche de la mercancía, en tanto modelo que ofrece al autor la ficción de rescatarlo del trabajo abstracto consignando su nombre con su producción. El intelectual crítico no debe dejar de preguntarse, en este sentido, por su posición en las relaciones de producción a fin de buscar los resquicios en los que sea posible la interrupción de la apropiación de lo común por el capital, a fin de ponerlo al servicio de la sociedad a través de espacios que deben ser colectivamente inventados y sostenidos.

La Universidad como espacio de lucha e intervención

Ahora bien: podríamos, por qué no, pensar a la universidad como uno de estos espacios disruptivos, en tanto hace –al menos discursivamente- profesión de la verdad, declara y promete un compromiso sin límite para con ella. Siguiendo a Derrida, es la universidad el espacio llamado a plantear cuestiones críticas, "[...] no sólo a la historia del concepto de hombre sino a la historia misma de la noción de crítica, a la forma y a la autoridad de la cuestión, a la forma interrogativa del pensamiento. Porque eso implica el derecho de hacerlo afirmativa y performativamente" (Derrida, 2002: 13).

Para ello, un primer momento debería considerar- y en esto coincidimos con la mirada derrideana-

¹ Es destacable el caso de "Academia.edu", plataforma a través de la cual las y los trabajadores intelectuales alimentan un dispositivo de cálculo intensivo que opera en tiempo real, a escala planetaria e inmediata; y que conlleva incluso la realización de operaciones que no estaban contempladas. En este sentido, los usuarios culminan siendo funcionales a la acumulación de capital, siendo no sólo sus obreros sino también, muchas veces, su producto. (Rodriguez Freire, 2018)

la deconstrucción de la antigua noción de soberanía universitaria: las nuevas condiciones de la vida y el conocimiento en general; y el trabajo académico en particular impulsan a considerar "[...] otra topología: la universidad sin condición no se sitúa necesaria ni exclusivamente en el recinto de lo que se denomina hoy la universidad. No está necesaria, exclusiva ni ejemplarmente representada en la figura del profesor. Tiene lugar, busca su lugar en todas partes en donde esa incondicionalidad puede anunciarse. En todas partes en donde ella da, quizás, que pensar y se da, quizás, para ser pensada. A veces, más allá incluso, sin duda, de una lógica y de un léxico de la condición" (Derrida: 2002: 76)

Tal concepción, desde ya, se opone a la perspectiva neoliberal de la sociedad como conjunto de grandes, medianas y pequeñas empresas, que supone al mercado como rearticulador de soberanía, disciplina y control en función de sus propias lógicas². En rigor, la universidad estaría fungiendo hoy como el campo privilegiado de instalación del capital humano como dispositivo destinado a convertir al ser humano bien en una máquina, bien en un capitalista o un emprendedor, asumiendo el carácter económico de todo ámbito de la vida.

Sin embargo, el análisis no puede detenerse aquí, y cabe preguntarnos: ¿Qué tipo de universidad es posible en momentos en los que podemos percibir con profunda crudeza –aunque no con demasiada claridad- hasta qué punto la revolución digital ha alterado drásticamente nuestras formas de vida? En este sentido, el Manifiesto para las Humanidades Digitales escrito en 2010 comienza con la siguiente declaración (nuestra traducción): "El giro digital de la sociedad cambia y pone en cuestión las condiciones de producción y distribución del conocimiento." Mientras que la revolución analógica permitió nuevas formas de exteriorización de la percepción y la imaginación, la revolución digital dio lugar desde fines del siglo XX a la exteriorización del razonamiento lógico y las funciones de intelección en general. Teniendo esto presente, la convergencia de diferentes formas disciplinares o incluso la recuperación de cierto compromiso ineluctable con la búsqueda de la verdad resultan hoy condiciones necesarias pero no suficientes para el re-establecimiento de marcos racionales de agencia en el mundo.

Es en el marco de tales condiciones que la educación en general enfrenta desafíos inéditos: El pensamiento discursivo necesita una forma particular de la atención que hoy compite contra una industria de dispositivos atencionales, de los cuales quizá el teléfono móvil sea el más conspicuo pero no el único. En particular, la educación superior y los espacios de formación de posgrado y de investigación tienen como desafío propio reconstruir las condiciones de posibilidad de dicha forma atencional, afirma Stiegler en La universidad bajo condición (Stiegler, 2012). La nueva área trans-disciplinar identificada bajo el nombre de humanidades digitales ofrece, en este sentido,

² Según M. Foucault este tipo de lectura halla su origen, en el siglo XVIII, cuando la economía política limitó la razón gubernamental e hizo que el lugar de la verdad dejase de estar reglado por gobierno alguno y fuese el mercado el que lo determinase como lugar de veridicción mediante un dispositivo de saber-poder que marca efectivamente en lo real lo inexistente. Actualmente, la universidad tiende a fortalecer esa articulación, naturalizando la lengua del management o la Nueva Gestión Pública. En este sentido, "El telos de la universidad ultraadministrada ya no es, como en el modelo weberiano, el control de las normas y procedimientos, sino de los resultados, por eso el saber es cada vez más irrelevante, dado que el acento está en lo procedimental, en el cumplimiento de metas medidas tecnocráticamente" (Rodriguez Freire, 2018: 60).

una apertura necesaria pero no siempre suficiente al encuentro de ideas y perspectivas para pensar este presente, pensamiento que se encuentra obturado por los mismos dispositivos técnicos e institucionales en los cuales tendría que enfocarse. Se vuelve necesaria, en este sentido, una reflexión centrada en el vínculo entre humanos y programas que no se postule a priori como un antagonismo y considere las variadas posibilidades de constitución de ambos polos.

Huelga dejar constancia, finalmente, de la importancia meridiana de estas reflexiones, en tanto asumimos "[...] la centralidad del espacio universitario para el dominio de la sociedad contemporánea: 'la universidad, más que nunca, es el principio de sujeción que produce y se produce como contexto... la universidad se ha expandido a los extramuros, borrando ávida y totalitariamente la realidad no universitaria que se le opone o a la que la universidad se opone, ejerciéndose sin piedad, respecto de ese otro no universitario, tipificándolo" (Rodriguez Freire, 2018: 119). En rigor, desde los principios de la educación elemental hasta la publicidad, todo ha sido definido universitariamente y cada vez más en función de la economía general de la sociedad contemporánea. En este sentido, la universidad deviene un dispositivo nodal para los procesos de acumulación y por tanto central para las luchas contemporáneas

La apuesta político-intelectual desde el Instituto Oscar Varsavsky

El trabajo intelectual se enfrenta hoy a dos formas de automatización que operan de manera asíncrona pero finalmente solidaria. Por un lado, los constreñimientos institucionales -sobre todo la evaluación académica- que proyectan la lógica del capital y de la concomitante subsunción real del trabajo (intelectual). Sustraerse a esa lógica sin quedar ipso facto excluido de las instituciones educativas o de investigación, es uno de los desafíos estratégicos más pertinentes. Por otro lado, la creciente mediación algorítmica en el acceso (y ahora también en la producción) de conocimiento, sumado al desconocimiento y prejuicio acerca de estas formas, da lugar a cortocircuitos cognitivos pero también a una suerte de compulsión por afirmar con pertinaz insistencia lo irrepetible e incomputable de lo humano, por buscar aquello que escaparía a la digitalización, por reconocer un "afuera" tan improbable como innecesario. Ya Simondon denunció estos prejuicios anti tecnológicos, pero hoy estos refieren a una realidad técnica que sí representa una amenaza concreta a las capacidades cognitivas la cultura -y viceversa- como condición necesaria para pensar y constituir buenos acoplamientos entre humanos y sistemas técnicos.

Por otro lado, la posibilidad de reconstrucción de espacios dialógicos y noéticos hoy puede pensarse por fuera de las restricciones geográficas, en un contexto en que la necesidad de re-crear sentidos emancipatorios en torno al trabajo intelectual -y al trabajo en general- frente a la automatización creciente de la producción, vuelve imperativa la vinculación por fuera de las fronteras nacionales. Los capitales financieros cuentan con un dinamismo y una velocidad de movimiento y de acción que los vuelve casi invulnerables a las acciones locales, ante lo cual resulta central repensar los fundamentos de la tan mentada "internacionalización de la educación superior", desde una posición que tienda a generar condiciones para el pensa-

miento frente a la hiperactividad entrópica del capitalismo financiero. En esta dirección, el intento por des-automatizar la producción intelectual frente a las estrategias de estandarización académica tiene muchas vertientes (e.g. Indocentia, en Valencia; la Charte de la désexcellence, en Bélgica y Francia; el DORA Agreement, en Estados Unidos, etc.), cuya continuidad y convergencia es una de las tareas urgentes.

Es en este registro que se inscribe, también, la sugerente apuesta que realiza Rodriguez Freire en contra de la "pa(u)perización" del trabajo intelectual y a la cual suscribimos. En efecto: es claro cómo, en aras de la indexación, la pregunta política por el para qué y de qué manera escribimos, aprendemos y enseñamos se encuentra ocluida. Las humanidades, por caso, están tensionadas por la demanda de calidad y aplicabilidad pragmática que atenta contra su potencial de complejización crítica en el análisis del presente. Debe emerger, en este sentido, la ineludible pregunta: "¿Nuestros libros, nuestros textos, lo que publicamos, lo que producimos, transforman o refuerzan la forma de trabajo impuesta por el capitalismo (académico) contemporáneo?" (Rodriguez Freire, 2018: 45)

Como trabajadores del conocimiento, necesitamos pensar la universidad de nuevas maneras, quizás al modo de una serie de espacios que se están reconfigurando y dentro de los cuales las instancias gremiales de docentes e investigadores resultan transversales y estratégicas. Y ello, en tanto se ocupan de las condiciones materiales y epistémicas de producción y transmisión del conocimiento, además de brindar un potencial estratégico y político para la constitución de proyectos colectivos de transformación de dichas condiciones. En este sentido, el auto-reconocimiento por parte de docentes e investigadores como trabajadores es más que una posición ética y política, encarna la posibilidad misma de pensar el presente, brinda claves importantes para dar cuenta de los procesos de subjetivación actuales.

En esta dirección, podemos asumir la fragmentariedad como condición de posibilidad para delinear espacios heteróclitos donde tenga lugar la alteridad, donde aparezcan nuevas disparidades que postulen desafíos para la constitución de una praxis a la vez epistémica, política y tecnológica que las resuelva. Y es como uno de estos espacios, potencialmente transformadores y disruptivos, que entendemos se posiciona hoy el Instituto Oscar Varsavsky de la Asociación de Docentes e Investigadores de la Universidad Nacional de Córdoba.

En efecto: este Instituto nace con el objetivo de desarrollar actividades de investigación social y educativa, formación en política científica y promoción de una discusión pública sobre el tema, tanto en la UNC como en vinculación con otras universidades públicas argentinas. A este respecto, se pretende potenciar un espacio abierto de debate, investigación, discusión y producción de propuestas cuyo nombre lleva inscrito el homenaje a un pensador que expresó decisivas críticas a las formas convencionales de desarrollo de la ciencia, enfatizando su carácter siempre político, situado, comprometido.

En este sentido, creemos que es valioso invitar a la comunidad de la UNC a discutir, acordar y producir una realidad diferente, donde se estimule la creatividad de las y los trabajadores intelec-

tuales desde el "estilo epistemológico" de transparencia, participación y exhaustividad que caracterizó a Varsavsky. Para ello, se impulsan desde este espacio múltiples actividades de formación política, sindical y con perspectiva de género; instancias de reflexión sobre producción científicotecnológica; proyectos de investigación sobre trabajo docente, política educativa y científica, etc. Queda abierta la invitación para aportar a su profundización, así como también el llamado a delinear colectivamente nuevas dimensiones de trabajo, capaces de contribuir a pensar creativa y críticamente nuestro estar-en- el- mundo como trabajadoras y trabajadores del conocimiento, entre la docencia y la investigación.





Referencias bibliográficas

Rodriguez Freire, R. (2018) La condición intelectual: informe para una academia. Viña del Mar: Mimesis. Stiegler, B (2012). États de choc: Bêtise et savoir au XXI siècle. Mille et une nuits/Fayard. Paris. Derrida, J. (2002) La universidad sin condición. Madrid: Editorial Trotta.



